

Desde el fondo de la Avenida, M. Godet, acompañado de las dos jóvenes y de Pedro Meillant, no había perdido de vista á Roger, su madre y su tía, lanzando furiosas miradas á Meillant, que se dejaba arrebatarse aquel diamante sin disputarlo.

Al llegar á la terraza, Roger estrechó las manos de la duquesa, repitiendo:

—No lo olvidéis... me lo habéis prometido.

—Descuidad... yo le hablaré.

La señora de Lignerés arrugaba su frente, haciendo para sí este juramento:

—¡Una bastarda como ella! ¡Nunca!

### XVIII

#### Revelaciones.

M. Godet no estaba satisfecho: las cosas tomaban un giro que no le gustaba, porque él también tenía sus proyectos acerca de María Magdalena, y no era al marqués de Lignerés á quien quería ver enamorado de la hija del coronel. No odiaba al joven, pero aborrecía á la madre. Cuando se enteró de la concesión que ésta había otorgado á su hijo se trastornaron todas sus ideas sobre el carácter de la marquesa.

Desaparecía el obstáculo más insuperable, á juicio suyo, para la unión de Roger y María Magdalena, porque ésta seguramente no rehusaría un partido como el que le ofrecía el joven y apuesto heredero de la fortuna de Lignerés.

El candidato de M. Godet—porque lo tenía, y es excusado añadir que este candidato se llamaba el conde de Meillant—podía considerarse derrotado, ó, por mejor decir, el derrotado era el mismo M. Godet, porque no hay vencimiento sin lucha, y el protegido del anciano confidente de la duquesa no había pensado, ostensiblemente al menos, en disputar á nadie la posesión de la joven, y hasta eludía la conversación sobre ella.

Aquella tarde renunció M. Godet á su paseo por el bosque, lo cual era en él síntoma de una agitación extraordinaria. En cambio estuvo horas enteras en la terraza, en el lugar donde algunas semanas antes escuchó las confidencias de la señora de Maillepré. ¿Qué esperaba allí? Al conde de Meillant, que, en efecto, pasó por allí en compañía de Blanca, con quien se había paseado familiarmente después de almorzar.

Allí se separaron, y el viejo detuvo entonces al conde, cogiéndole del brazo.

—¿Sabes lo que sucede?—le preguntó.—María Magdalena ha encontrado marido.

—¿Sí?

—Como tengo el honor de decíroslo, caballero—dijo el viejo con ironía.

—Tanto mejor para ella—dijo el joven, aparentando indiferencia.—No me admira, después de todo.

—Ni á mí. Lo que me sorprende es que la marquesa de Lignerés se humanice hasta el punto de autorizar el casamiento de su hijo con María Magdalena.

—Harán una hermosa pareja—dijo Pedro



de Meillant sin perder la calma;—pero...

—Pero... ¿qué?

—Que todavía no se ha realizado.

—¿Quién lo podría impedir?—preguntó M. Godet en un raptó de alegría, que duró poco, pues el conde contestó:

—No seré yo, por cierto.

—¿Quién entonces?

—¡Quién sabe!

El viejo frunció las cejas.

—Me has dado una falsa alegría—dijo.—

Yo suponía que eras tú quien trataba de oponerse...

—¿Con qué derecho?

—Te creía bastante inteligente para comprender tus intereses.

—No os entiendo.

—Cuando se tiene un tesoro al alcance de la mano y se abandona á otro, se comete una tontería.

—Bien; ¿pero quién prueba que María Magdalena es un tesoro?

—¿Quién lo prueba, desdichado?—gritó M. Godet.—¿Eres ciego?

Pedro procuró calmar á su amigo, diciéndole con amabilidad:

—Vamos, no os incomodéis, tío mío.

Era una frase cariñosa con la que solía li-sonjear al buen señor.

—Convengo—añadió—en que es una joven adorable...

—Esa es la palabra.

—Físicamente...

—Por todos estilos—amplió M. Godet.

—No la conocéis más que algunas semanas.

—¿Y no es bastante?—pregúntale á Ligeres, que está loco por ella.

—¡Oh! eso es diferente. La ha visto en la guerra, le debe cuidados solícitos, y eso es un lazo suficiente.

—Puede muy bien ser un tesoro, como decís, para él más que para otro, sobre todo si aspira á casarse...

—Mientras tú prefieres otra cosa... la sotana, por ejemplo,

—Quizás.

—¿Dices «quizás»?—preguntó M. Godet, notando una señal de indecisión en el joven.—¿No lo sabes, pues, de cierto?

El tranquilo semblante de Pedro mudó de color:

—Nada es cierto mientras está por hacer—respondió.

—¡Ah! ¡Si eso que tu piensas fracasase del todo!...

—¿Seriais dichoso?

—Por lo que me resta de vida.

—Pues bien, puedo daros una satisfacción con una sola palabra: «Esperad.»

—¡Oh! si dijeras la verdad, habría aquí dos seres que te bendecirían.

—Vos desde luego...

—Sin duda.

—¿Y el otro?

—La duquesa. ¿Es que no se puede hacer el bien por todas partes, cuando se tiene tu fortuna, tu corazón, tu bondad?... ¡porque tú eres bueno!

—Veremos; pero oid una palabra... entre nosotros, quiero haceros una **confidencia**.



Yo mismo no puedo asegurar en este instante si romperé ó no con el mundo, si renunciaré ó no renunciaré á mis ideas; esto dependerá...

—¿De qué?

—¿No lo diréis á nadie?

—¿Por quién me tomas?

—Pues bien, dependerá de un problema científico, cuya solución persigo, ó por mejor decir, de un problema que me he propuesto y que aun no estoy en estado de resolver.

—Un poco oscura es la confidencia.

—Mejor, así no descubriréis el secreto.

—¿Y el secreto es indispensable para tu operación?

—Un secreto absoluto.

—¿Será larga?

—No mucho.

—Procura apresurarte, porque si dejas marchar tu tesoro, no hallarás otro semejante.

—Sí.

—Repito que no. ¿Ves como no lo conoces? Desde luego vale más que tú piensas, aun desde el punto de vista del interés material.

—Eso no me preocupa.

—Se dice, pero en el fondo á nadie le desagrada encontrar en el bolsillo de la mujer amada una buena suma.

—¿Y se encontraría en el bolsillo de María Magdalena?

—Eso es.

—Me admirais.

—Reflexiona. Desde luego me agrada...

—Lo cual quiere decir que será vuestra heredera.

—A alguien he de dejar mi modesta fortuna: no tengo parientes.

—Ya parecerán; estad tranquilo.

—¡Que vayan al diablo! Quiero más á una joven que alegre mis ojos que á los parientes á quienes no he visto nunca. Pero no es esto todo.

—¿Qué más?

—Esta joven tuvo un padre... como todos lo hemos tenido... Este padre pudo haberla dejado algo...

—Faltaba que lo tuviese.

—Era muy rico.

—¿Lo conociais?

—Es posible.

—¿Por qué no decís su nombre?

—No puedo... he prometido callarlo... Pero puedo decirte: «Sí le conozco.» ¿Quién te dice que esta no sea una de las causas de mi afecto hacia la joven?

—¿Era amigo vuestro su padre?

—Lo era, y yo sentía por él profundo afecto, que le ha sobrevivido.

M. Godet se detuvo un momento después de pronunciar solemnemente y muy emocionado estas palabras.

Pedro de Meillant reflexionaba sin alterar su aire indiferente. Era increíble el número de datos que le proporcionó esta entrevista.

—Entonces, María Magdalena ¿será un gran partido?—exclamó.

—Excelente, sin disputa.



—¿Lo sabe ella?

—No. La pobre ha sido víctima de un sentimiento que comprenden los que saben lo que es la vida. El porvenir le reserva una compensación, tanto mayor cuanto que la persona que ha podido ser culpable para con ella, lamenta amargamente su dureza, ó mejor dicho, su falta, y quiere repararla.

Con que al buen entendedor...

El viejo se encerró después en un absoluto silencio.

Pedro de Meillant aparentó que no comprendía las explicaciones de M. Godet. Era la tercera mentira que se permitía desde que le presentamos al lector, porque había comprendido perfectamente.

Los dos amigos guardaron silencio un largo espacio. El viejo le interrumpió para repetir su frase final:

«Al buen entendedor...»

Amaba á Pedro con cariño verdaderamente paternal, y este cariño le llevó quizás demasiado léjos.

El joven aparentaba seguir los giros de las golondrinas que volaban alrededor del palacio; pero su pensamiento estaba en otra parte. No dudaba ya de que Maria Magdalena era hija del duque de Maillepré.

Esto era evidente para él; pero en seguida surgia la oscuridad con el mismo problema de siempre: «¿Cómo la hija del duque había sido reemplazada por otra al lado de la duquesa? ¿Qué movil impulsaba para realizar esta sustitución á la joven del boulevard Clichy? ¿Cuál era su excusa? Porque, forzoso es

decirlo, Pedro de Meillant no se resolvía á considerarla culpable.

M. Godet lo observaba.

De pronto le dijo el joven:

—¡Ah! se me olvidaba. ¿Sabeis que me voy mañana?

—¿Tú?—preguntó sorprendido el viejo?

—Sí, me ausento.

—¿Por mucho tiempo?

—Por algunos días.

—Entónces todo se ha consumado. Cedes á otro tu lugar.

—¿A quién?

—A Roger de Lignerés ¡pardiez!

—¡Oh! no pretendo disputar á nadie la plaza. Y además, si se aman...

El viejo se apretó la cabeza desesperadamente con las manos.

—Bah—le dijo Pedro,—calmaos. Todavía no hay nada hecho. Y si quereis que os diga más, oidme: creo que ni Lignerés, ni otros se casarán jamás con Maria Magdalena.

## XIX

### La voz de la conciencia.

Indudablemente se había turbado la paz de los huéspedes de Maillepré.

La duquesa se había retirado temprano al salón en que había recibido á Margarita al día siguiente de su llegada.

Comprometida á hacer la causa de Roger, le faltaba la resolución con que se acometen las empresas que agradan.



Susana Carol esperaba las órdenes de su señora.

—¿Y Blanca?—preguntó la duquesa.

—La señorita se ha retirado á sus habitaciones.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada. La señora duquesa ha debido observar que aparenta no acordarse de la escena de ayer.

—En efecto.

—Y que parece menos agitada que antes.

—Eso es buena señal—suspiró la señora de Maillepré.—¡Ah, mi querida Susana! ¡qué de pesares nos están quizá reservados aún!

—Es preciso esperar...

—¡Deseo tanto la felicidad de esta niña! Susana guardó silencio.

—Vamos á la otra—dijo la duquesa haciendo un gesto de resignación.—¿Por que se ha enamorado Roger de ella? ¡Hubiera querido conservarla siempre á mi lado, conservarlas á las dos, Susana.

—¿Ama M. de Lignerés á la señorita María Magdalena?

—Como un loco.

—Si la señora duquesa me permite advertirle una cosa...

—¿Necesitas acaso permiso?

—Ese matrimonio no se realizará.

—¿Crees eso?

—La señora de Lignerés no lo consentirá nunca.

—Es posible... tanto mejor... pero he prometido hablarle. Llama á María Magdalena.

—Sentaos—dijo á ésta la duquesa, cuando

entró.—Tengo que hablaros seriamente.

Margarita estaba cien veces más turbada que la duquesa, esperando á cada momento oír de sus labios los reproches que merecía.

—M. de Lignerés—continuó diciendo la duquesa—me ha hecho partícipe de sus sentimientos: ha creído poder declararse á vos, y, en efecto, sois libre, y sólo dependéis de vos misma.

La hija del coronel murmuró:

—Yo pienso de otro modo, señora. He escuchado á M. de Lignerés á mi pesar, porque no podía hacer otra cosa. Tenía mi resolución formada de antemano.

—¿Cuál era vuestra resolución?

—La de permanecer como estoy.... si puedo.

—¿No tenéis otra ambición?

Margarita levantó hacia la duquesa sus ojos, impregnados de tal expresión de reconocimiento y tan suplicantes á la vez, que la señora de Maillepré experimentó una fuerte emoción.

—Podéis, sin embargo, aspirar á más—dijo la duquesa emocionada.

—¡Oh! No, señora.

—Estáis en un error, y para probároslo no tengo que decir más que una palabra.

Margarita palideció, creyendo que la duquesa iba á descubrir el misterio del nacimiento de su compañera en el hospital, de la muerta en Chapelle-aux-Ifs, y en tal caso su conciencia le ordenaba confesarlo todo, porque si había ocupado el lugar de una infeliz como ella, el honor le prohibía aceptar



el puesto de una privilegiada. Se dispuso á escuchar á su bienhechora; pero con tales muestras de temor y de ansiedad, que aquella le dijo:

—Tranquilizaos, porque lo que voy á decirnos no tiene nada de temible para vos. Si no os lo he revelado antes, es porque quería conoceros, estudiaros, y lo he hecho. Os conozco, querida niña, y os amo. El hombre que os conduzca al altar, se llevará, no sólo una mujer buena y hermosa, sino una fortuna... Vuestro padre era rico...

Margarita cerró los ojos, murmurando:

—No necesito riquezas, señora; me basta vuestra protección.

—Mientras que viváis conmigo, quizá; pero ¿qué será de vos el día en que yo falte? Pero, en fin; esto me pertenece á mí. No temáis: los bienes de Maillepré son suficientes para contentar á todo el mundo...

—Pero...

—Si yo quiero ser generosa con vos, y esta generosidad no es sino justicia, por la alegría que habéis traído á esta casa, ¿por qué habíais de rechazar esta generosidad mía?... Pero dejemos estas cuestiones de intereses, que me son enojosas, y vengamos á nuestro asunto. Roger de Lignerés me ha encargado que os hable y que interceda por él... Os quiere por esposa, como os ha dicho.

—Es verdad...; pero he creído que se trataba de un entusiasmo pasajero, irreflexivo...

—No, muy serio: he hablado á su madre y ésta accede.

—¡Imposible!

—¿Por qué? ¿No valeis por todos los Lignerés del mundo? Y aquí, para entre nosotros, quien sale ganando en este matrimonio es Roger.

—¡Oh, señora!

—Parece que os ama hace tiempo, desde que fué herido... El corazón—añadió sonriendo,—es lo que más ha sufrido, según dice, y cree que solo vos podeis curárselo. ¿Consentís?

—Ya he dicho que no, señora.

—Por qué lo rechazais?

—Porque tengo el deber de hacerlo.

—¿El deber?... No lo entiendo. No lleveis la delicadeza hasta la exajeración. Creéis que sois pobre...

—Lo soy.

—Dejemos ese detalle., que es secundario... Lo que el marqués desea no es la dote, sino la mujer que le ha enamorado: en eso demuestra un desinterés loable.

—No tengo familia...

—¿Son esas todas vuestras objeciones?

—No.

—Decid las demás.

Margarita permanecía en silencio.

—Vamos—dijo cogiéndole las manos, interpretando mal la emoción que impedía hablar á la joven,—respondedme como á vuestra mejor amiga, como á una madre. ¿Teneis otro afecto?

—No.

—¿Os disgusta Roger?

—No.



—Es preciso que sienta por vos una pasión verdadera para atreverse á afrontar las iras de su madre, como lo ha hecho.

—No quisiera ser motivo de discordia entre ellos.

—Tranquilízaos. La marquesa no tiene otro hijo... y después de todo, una madre puede luchar, defender ciertas ideas, obedecer á preocupaciones, pero acaba siempre por ceder. Más tarde conocerá lo que valeis... Yo estoy casi celosa de mi prima.

—Pues bien, señora, conservadme á vuestro lado, os lo suplico. Al decir esto Margarita hizo ademán de arrodillarse ante la duquesa. Esta la detuvo y la llevó hacia sí, profundamente afectada por aquel grito del corazón de su protegida.

—Yo lo quisiera así, hija mía—dijo dulcemente besando á la joven;—pero no tengo marido que ofreceros... ¡Ah! ¡Si tuviese uno!

Y levantándose—dijo vivamente.

—En resumen: ¿qué digo á ese desgraciado Roger?

Pensad que M. de Lignerés os dá la prueba más grande de amor que puede dar un hombre...

—Pues bien—contestó Margarita—decidle que quiero reflexionar y que ya le contestaré...

—¿Cuándo?

—Dentro de un mes. ¿Es mucho?

—No, no—dijo la duquesa—satisfecha por este aplazamiento.  
Convenido.

Después besó á su protegida y la condujo hasta la puerta.

Al quedarse sola, pensaba:

—Su frente estaba inundada de sudor... ¡Es extraño! ¿Qué tendrá?

Margarita, al llegar á su habitación, se arrodilló.

—¡Dios mío!—exclamó.—¿Por qué he venido á esta casa? ¿Quién me salvará?

## XX

## Las tres estaciones de Pedro Meillant.

A las siete de la mañana vió Margarita Souvray desde el balcón donde admiraba las hermosas perspectivas de Maillepré, un coche que se detuvo cerca de la escalinata, al tiempo que el sobrino de la duquesa, con una maleta en la mano, salió del vestíbulo, examinó la fachada, saludó á la joven, que se puso roja como la grana, y montó en el coche, que siguió la gran avenida y el camino de Bourges.

¿A dónde iba? Nadie lo podía decir; ni siquiera su amigo Godet, ni la duquesa misma; no lo había dicho á nadie, contentándose con advertir que su viaje duraría una semana.

En Bourges, el conde tomó billete para París, llevando en el alma la imagen de Margarita y el afán de esclarecer el enigma de su estancia en Maillepré con distinto nombre que el suyo.



Su instinto le advertía que en todo aquello palpitaba un drama sombrío, cuyo desenlace trágico se aproximaba.

El nombre del nuevo prefecto de Bourges, que ya había oído en la calle de Douai de labios de la inocente víctima, le parecía una amenaza. ¿Qué sucedería?

Iba en busca de armas para defender á los que amaba.

Su primera visita en París al salir del Gran Hotel, en donde se hospedaba, fué para la calle de Douai. Al llegar á la puerta de la casa donde vivieron las dos hermanas, tropezó con un individuo de mala traza y repulsivo aspecto. Era nuestro conocido Pablo Bordier, que había concluido por conquistar la confianza de la portera, y solía ir de vez en cuando á la casa.

—¿Podrías darme noticias—dijo el conde á la portera—de la señorita Souvray?

—¿No está aquí, señor.

—Desde cuando?

—Hace cerca de seis semanas.

—¿Estais cierta?

—Segurísima.

¡Seis semanas!... Precisamente el tiempo transcurrido desde la llegada de María Magdalena á Maillepré.

—¿No tiene aquí su cuarto?

—Sí—dijo la portera, haciendo un gesto;—pero para lo que lo habita, mejor haría en dejarlo... Una joven á quien no se la ve quince días en seis meses... No sé para qué conserva el cuarto.

—¿Sabéis dónde está?

—No puedo decíroslo, porque á nadie da cuenta de sus asuntos.

El conde apeló al argumento decisivo en semejantes casos. Dió un luis á la portera, y gracias á él supo que después de la guerra Margarita había estado en París tres semanas por el mes de junio, que volvió un día ó dos después de la muerte de su hermana y que buscó con empeño á su desconocido bienhechor; que se marchó al siguiente día, permaneciendo ausente un año, impidiendo la portera que el casero le vendiera los muebles; que la joven tenía un carácter enérgico y no gastó nunca confianzas con su portera, y que no era él solo quien la buscaba, sino otros, entre ellos el agente de policía Pablo Bordier.

Pedro de Meillant salió después de dejar otro luis á la complaciente Argos.

Pablo Bordier, que oculto en una esquina esperaba la salida del joven, volvió á la portería, enterándose allí del objeto que llevaba al conde á aquella casa, y de que la portera le había dicho el nombre del agente, como uno de los que iban en busca de Margarita Souvray. En seguida pensó que podía explotar el interés del desconocido, poniéndose de su parte, con más ventaja para él que siguiendo al lado de M. de Serigné, que al abandonar la prefectura para trasladarse á Bourges, dejaba de ser su jefe. Además no hubiera sido el primero á quien derrotase un simple subalterno.

Entretanto Pedro de Meillant se dirigía á su hospedaje, decidido á aprovechar el tiem-